

SANTA RAFAELA MARÍA
FUNDADORA DE LAS ESCLAVAS
DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS



Te voy a contar la historia de una gran mujer que vivió a mediados del s. XIX y principios del XX. Se llamaba Rafaela María Porrás Ayllón. Hasta hace muy pocos años han vivido personas que la conocieron y nos comentaban cosas de ella. Rafaela María quiso muchísimo a Dios y se dejó querer por Él. Por eso, casi sin proponérselo, emprendió grandes obras como fue la fundación de una Congregación Religiosa: las “Esclavas” del Sagrado Corazón de Jesús. Hay gente que se hace “esclava” del dinero, de las pipas o de la tele. Rafaela quería hacerse “esclava” de nuestro Padre, Dios.

Todo eso lo hizo a la chita callando, pero siempre fue como el cimiento, la base del edificio, lo que no se ve. Las “esclavas”, todas las chicas que han querido seguir su camino, están ahora repartidas por muchos países continuando su obra.



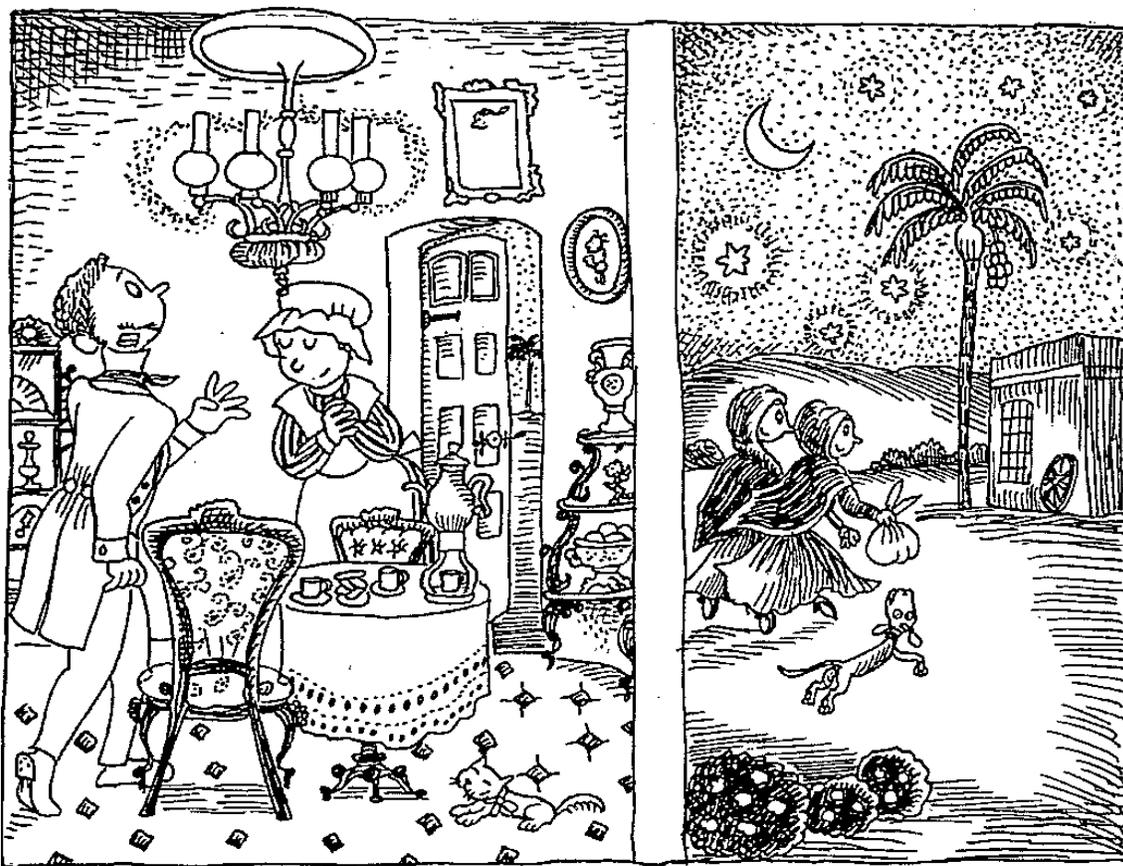
Rafaela María nació el 1 de marzo de 1850 en Pedro Abad, un pueblecillo de Córdoba. Ese día, seis hermanos esperaban con gran alegría el nacimiento de la pequeña de la casa.

Su padre, Don Ildfonso Porras, poseía muchas tierras y, además, era el alcalde del pueblo. Todos le querían porque se preocupaba por cada familia. Una vez hubo una epidemia de cólera. Él, como siempre, ayudó en todo lo que pudo, hasta que también él se puso enfermo y se murió. Rafaela tenía entonces cuatro años. Su madre, Doña Rafaela, tuvo que ser padre y madre a la vez y se encargó muy de cerca de la educación de sus dos hijas, Rafaela y Dolores.

Su hermana Dolores tenía cuatro años más que Rafaela, pero crecieron muy unidas. Todos los acontecimientos –pequeños y grandes– los vivieron juntas: la muerte de su padre y de varios hermanos, la primera comunión, la formación que recibieron en casa...

Aprendieron muchas cosas de su madre. Con ella paseaban por el campo, iban a rezar a la ermita o visitaban a los enfermos y pobres del pueblo. Y también iban juntas a fiestas o de vacaciones a Cádiz, Córdoba o Madrid. Su madre también murió joven. Rafaela, que tenía entonces 19 años, estaba a su lado en ese momento.



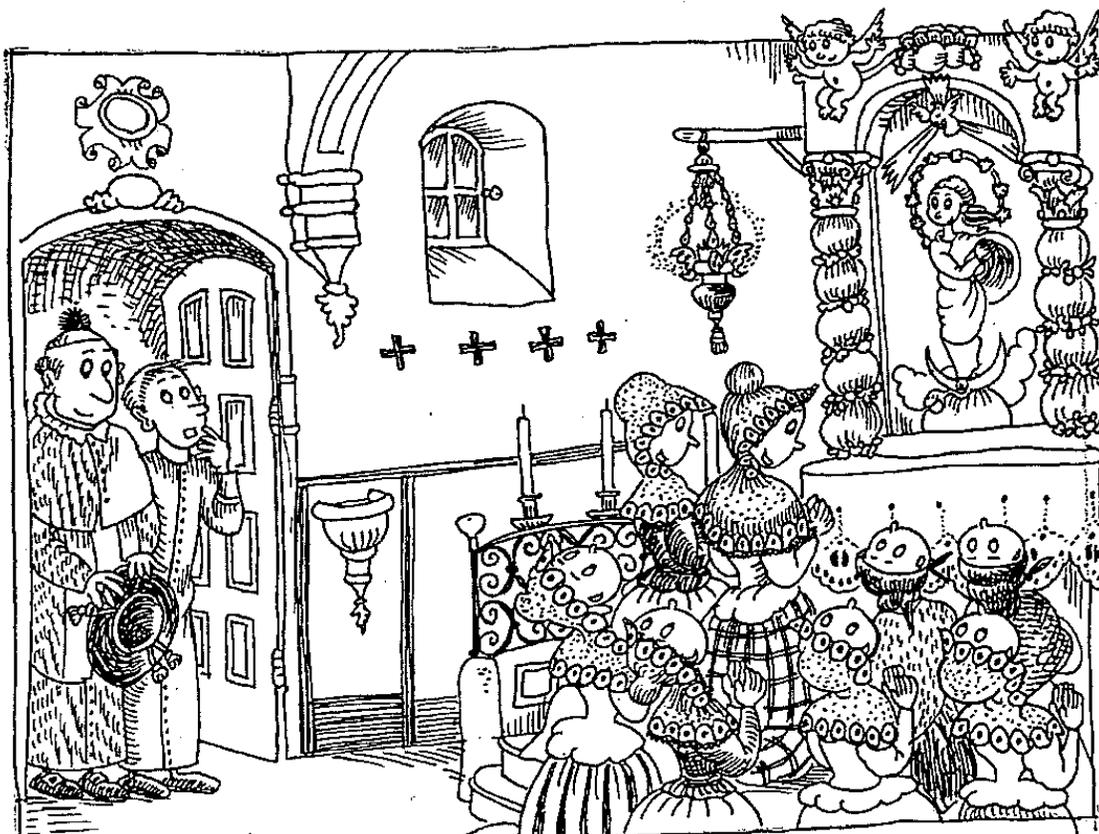


Después de la muerte de su madre, Rafaela y Dolores pensaron que bastante tiempo habían sido servidas y quisieron vivir preocupándose de los pobres. Podrían haber vivido como dos señoritas ricas, pero querían parecerse a Jesús. Todos los días, al atardecer, salían por la puerta de servicio de su casa para que nadie las viera, y se marchaban a ayudar a los pobres. No les resultaba fácil, porque sus hermanos querían que viviesen como niñas ricas y que no derrocharan el dinero en limosnas.

Un día, ya mayores, sin que nadie lo supiera, se marcharon a Córdoba, a un convento de monjas, para rezar y pensar qué quería Dios de ellas. Su deseo era seguir a Jesús más de

cerca y, para ello, le ofrecieron al obispo todo lo que tenían poniéndose a su disposición para lo que quisiera. El obispo y otros sacerdotes pensaron que lo que podían hacer era unirse a las monjas Reparadoras que querían instalarse en Córdoba.

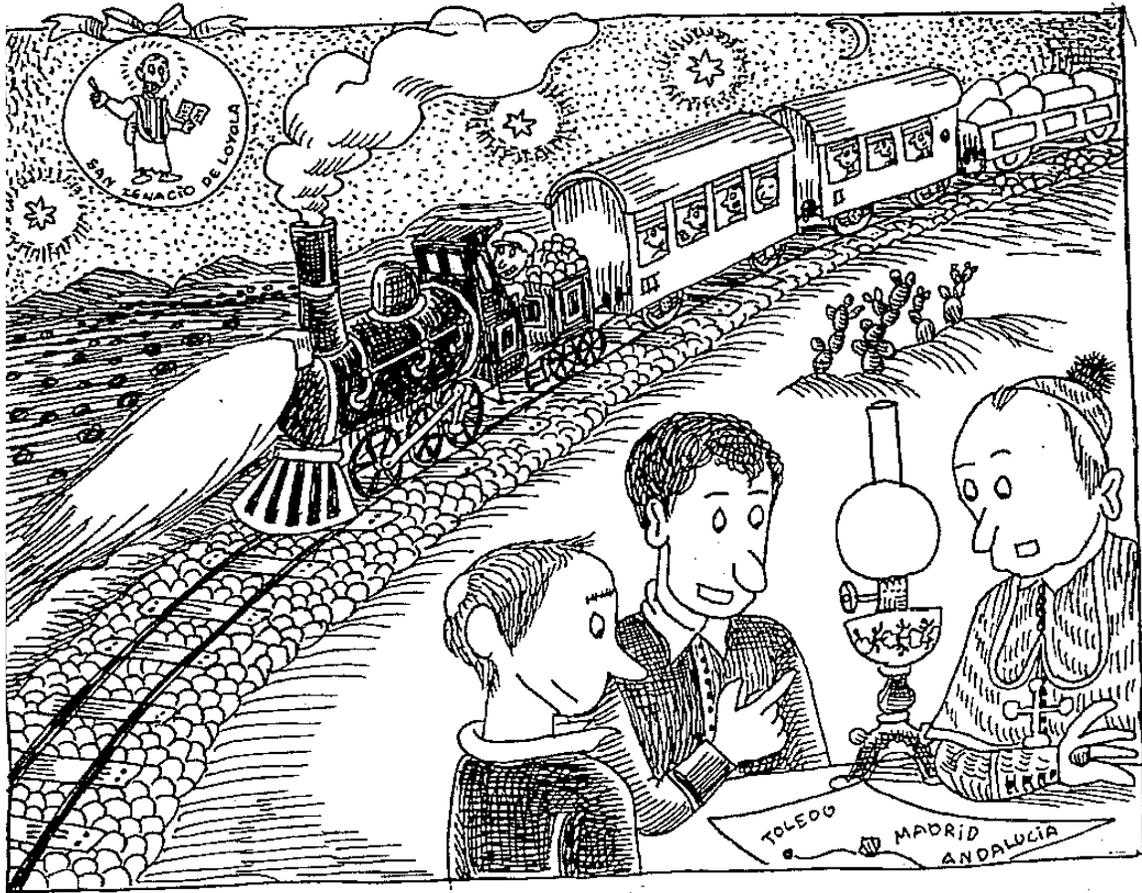
Pronto, un grupo de chicas se unieron a ellas. Estaban muy alegres porque podían realizar juntas lo que deseaban. Pero un año después surgieron dificultades y las Reparadoras se marcharon de Córdoba. La mayoría de las novicias, sin embargo, se quedaron en la casa con las dos hermanas. Rafaela se había ganado los corazones de todas y la nombraron guía del grupo.



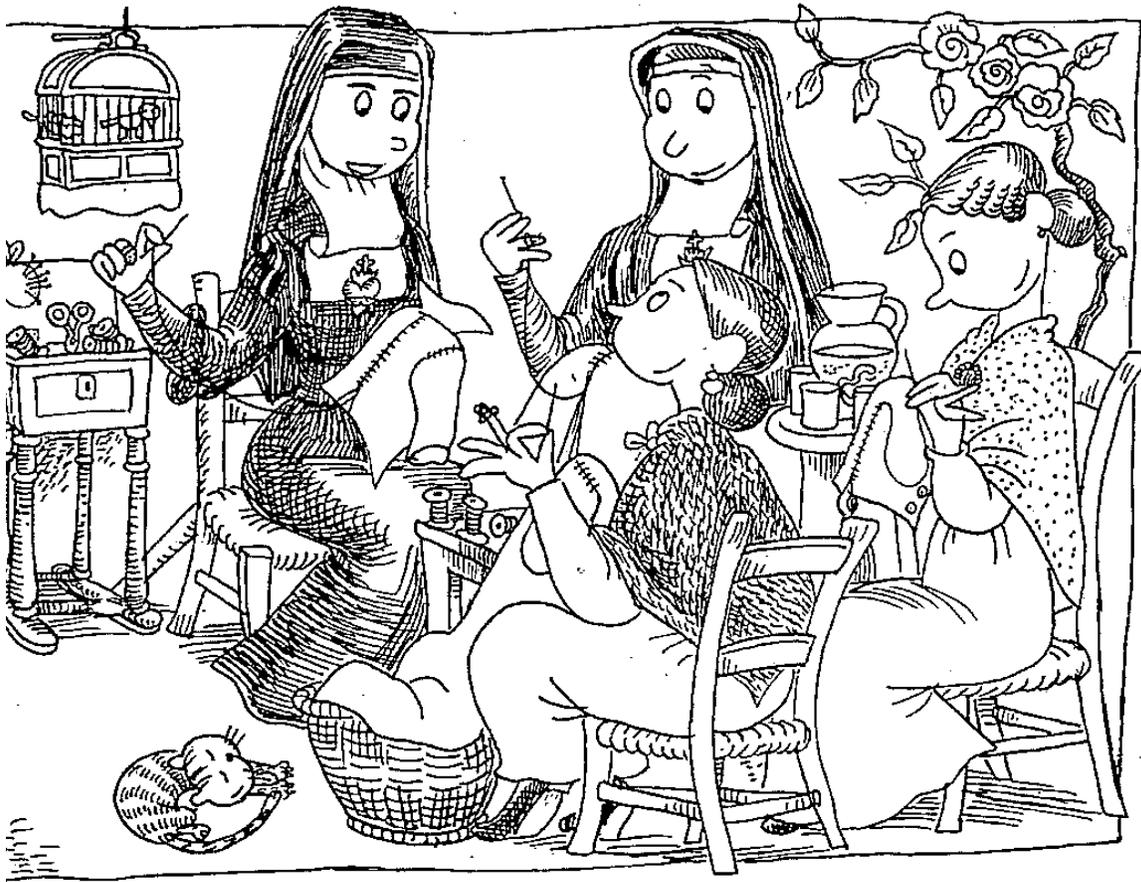


El Obispo buscaba una comunidad de monjas que diera testimonio de su fe rezando delante de Jesús y que educara a los niños y jóvenes, sobre todo a los más pobres, que estaban todo el día en la calle. Pero de nuevo aparecieron dificultades: el Obispo quería que se pareciera a otras monjas y ellas no estaban de acuerdo porque no querían ser “de clausura” y decían que, para ellas, adorar a Jesús en la Eucaristía era la alegría de su casa. Tampoco querían dejar de parecerse a San Ignacio de Loyola, un santo al que Rafaela quería mucho.

Al ver que querían imponerlas un modo de seguir a Jesús distinto del que ellas buscaban, cambiaron sus hábitos por la ropa que primero encontraron y salieron por la noche, en tren, hacia Andújar. Las dificultades no importaban. “Dios sobre todo”, decía Rafaela.



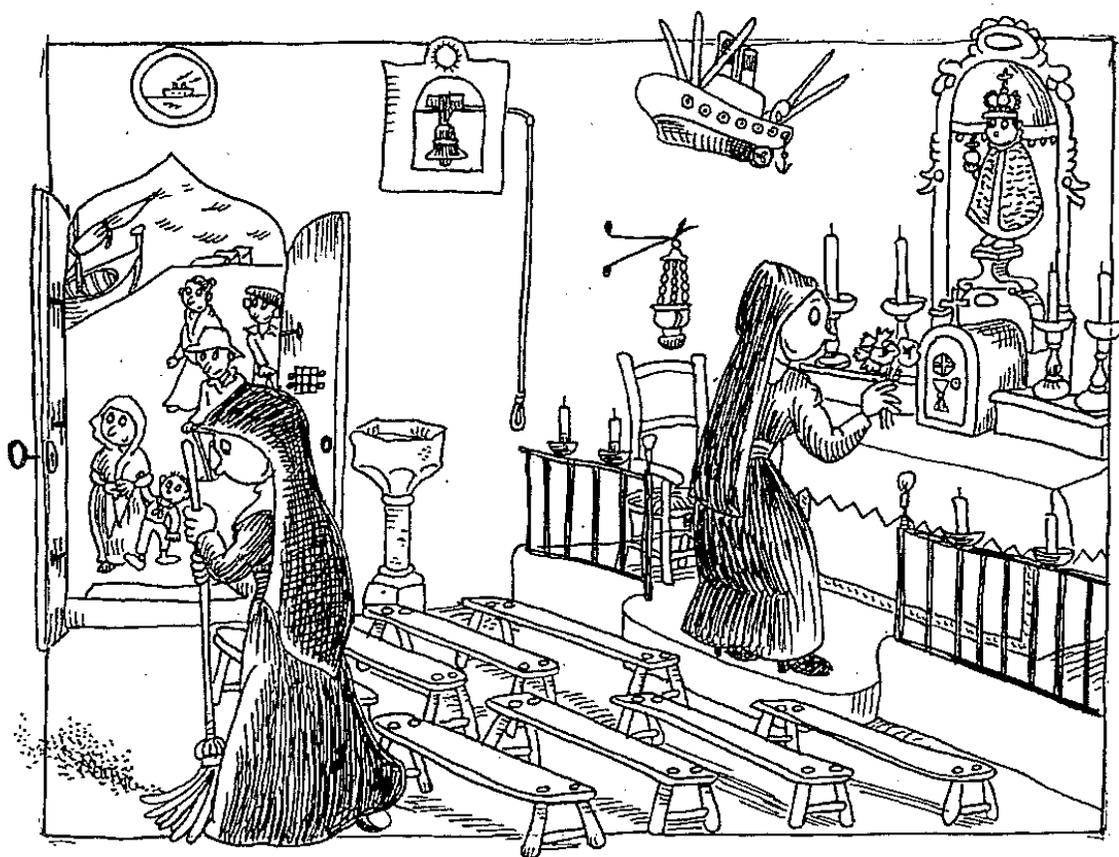
Y comenzaron las aventuras. Hasta que, con la ayuda de varios sacerdotes y jesuitas, consiguieron establecerse en Madrid gracias al Cardenal de Toledo. Y comenzaron a trabajar para lograr que las aprobaran como un Instituto Religioso: las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.



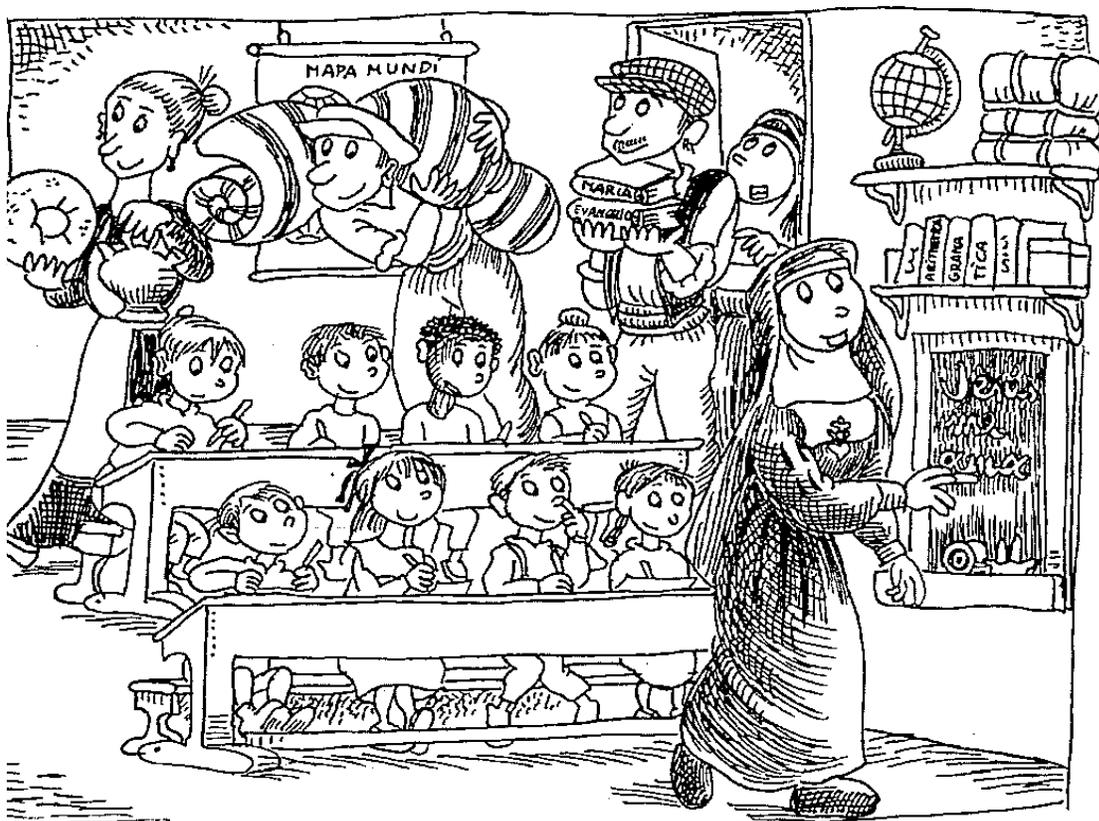
Rafaela María era la Superiora. Todo lo que contaba a las Hermanas era lo que ella vivía en su corazón. Se sentía tan querida por Dios que lo transmitía casi sin darse cuenta. Quería muchísimo a Jesús, que está con nosotros en la Eucaristía, y quería parecerse a Él. Y así quería que fuesen las Esclavas. Soñaba con un mundo donde todos formásemos una gran familia y por eso quería que cada Esclava se empeñase en dar a conocer a Jesús a todos.

Todas vivían tan alegres y tan unidas que pronto se les juntaron otras muchas chicas y se fueron abriendo casas en otras ciudades: Córdoba, Jerez de la Frontera, Zaragoza, Bilbao... viviendo todas las mismas ilusiones. Claro que abrir una casa suponía muchos esfuerzos de dinero y de personas, pero deseaban tanto que todos los hombres conociesen y

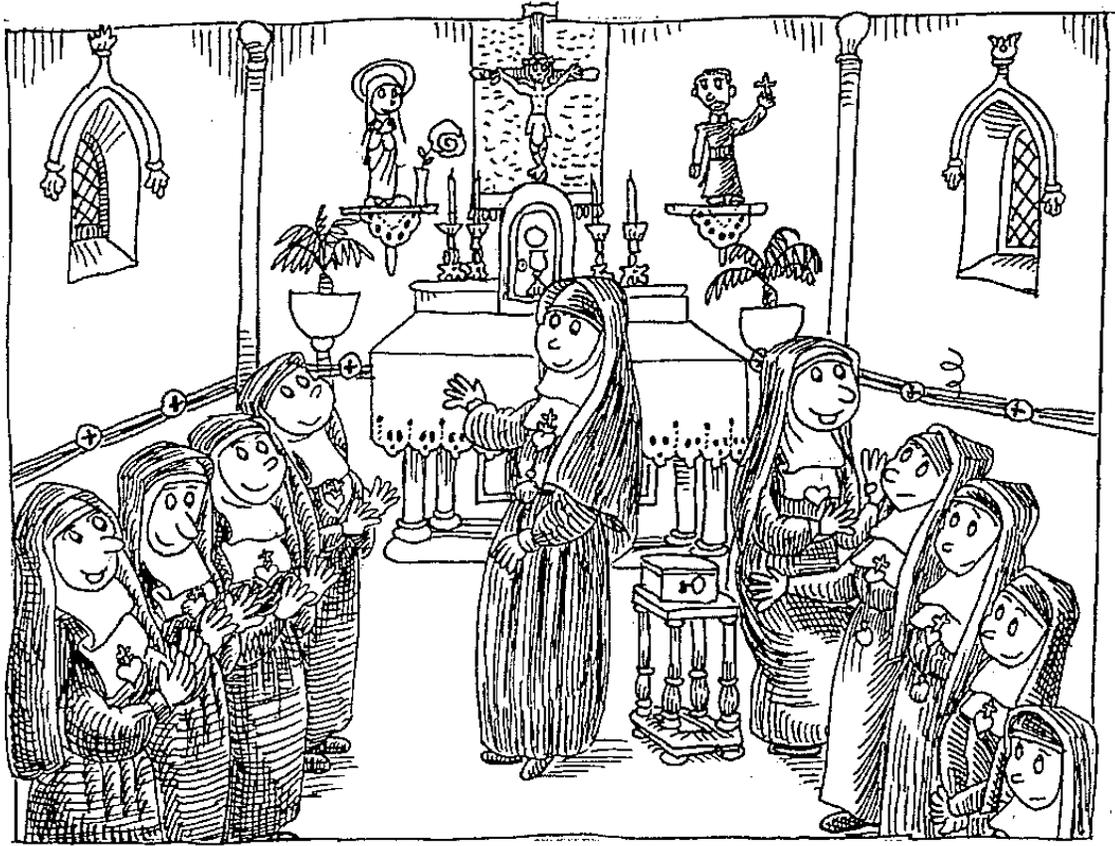
amasen a Jesús que hasta disimulaban su esfuerzo. Rafaela siempre quería encontrar casas en barrios muy poblados, y tener una capilla con una puerta que diera a la calle para que pudiesen entrar a rezar todos los que quisieran. Le gustaba mucho que las Eucaristías fuesen alegres, que se cantaran canciones bonitas y cuidaba todos los detalles, las flores, los adornos...



También le gustaba, cuando llegaban a una ciudad, abrir enseguida escuelas para los niños pobres. Aunque contasen con muy pocos medios, rápidamente empezaban a enseñarles, a darles catequesis y a prepararles para recibir los Sacramentos. ¡Cómo disfrutaba al ver todo lo que aprendían de Jesús!



No sólo le preocupaban los niños, sino también los mayores y, en cuanto podían, organizaban unos días de oración para ellos. ¡No sabían todo lo que tenían que hacer las Hermanas para conseguirlo! Les dejaban sus cuartos y extendían unos colchones por donde podían para dormir... Pero lo hacían muy felices y alegres porque, así, esas personas podían encontrarse con Jesús.



El corazón de Rafaela era muy grande y así quería que fuesen todas sus Hermanas. Por eso, ella y su hermana trabajaron mucho para ser aprobadas por el Papa. Cuando lo consiguieron, tuvieron que escoger una Superiora General. Todas votaron a Rafaela. Ella se sentía muy pequeña, pero muy grande si se apoyaba en Dios. Nombraron también un Consejo General y en él estaba su hermana Dolores, que se había cambiado el nombre por el de Pilar y se encargaba de la economía. Como era la hermana mayor y le gustaba mandar, empezaron a surgir algunos problemas con Rafaela, pues en muchas cosas no estaba de acuerdo. Rafaela siempre cedía e incluso apoyaba a su hermana.

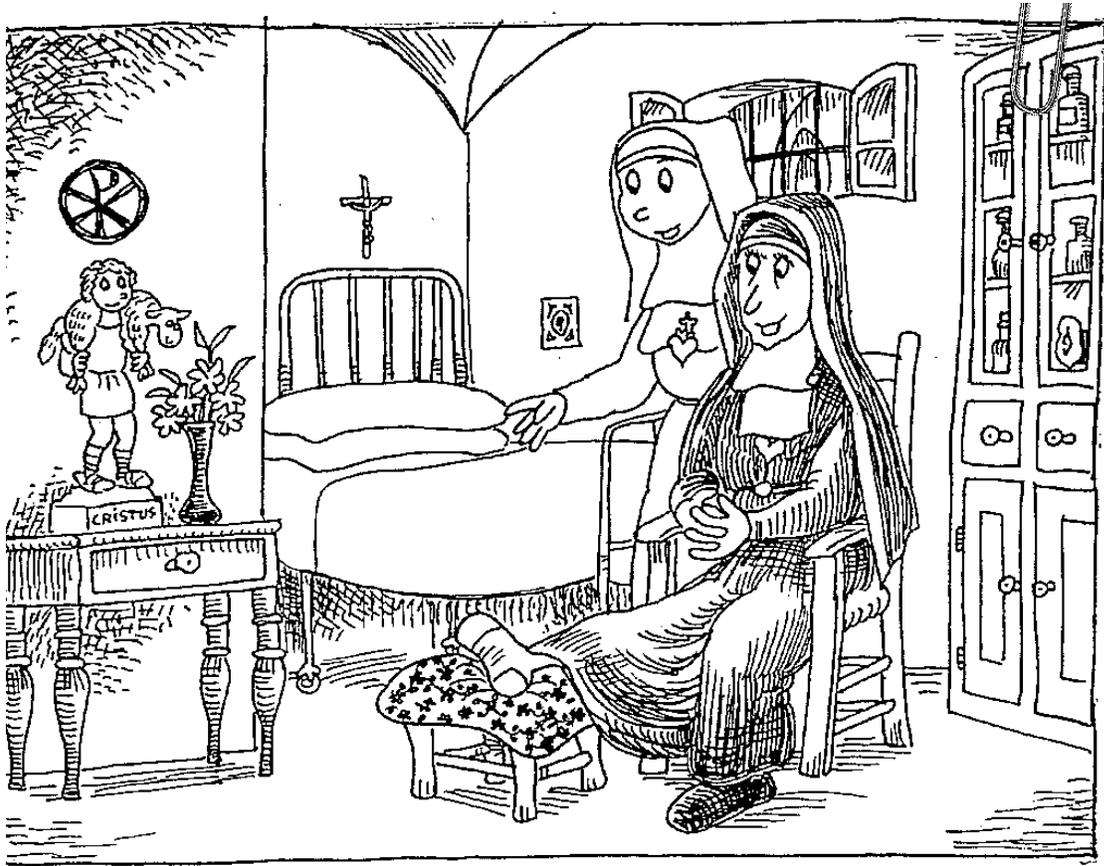
Si siguieron abriendo nuevas casas y Rafaela sufría con todos los problemas que tenían y también con su hermana, pero apenas lo notaban las demás. Quería que todas las Hermanas viviesen unidas en todo como los dedos de la mano. La fuerza para superar las dificultades la encontraba siempre en Jesús. Le gustaba hacer los Ejercicios Espirituales de San Ignacio porque era un tiempo de oración largo en el que se sentía tan envuelta por el cariño de Dios que ya no temía nada.



Al cabo de los años, cuando la quitaron del gobierno del Instituto, la mandaron a vivir a Roma. Allí no tenía grandes trabajos. Se ofrecía para ayudar a cualquier Hermana, le gustaba barrer, coser... lo que necesitaran. Siempre estaba pendiente de cualquier necesidad para ayudar. Disfrutaba con los pequeños detalles.

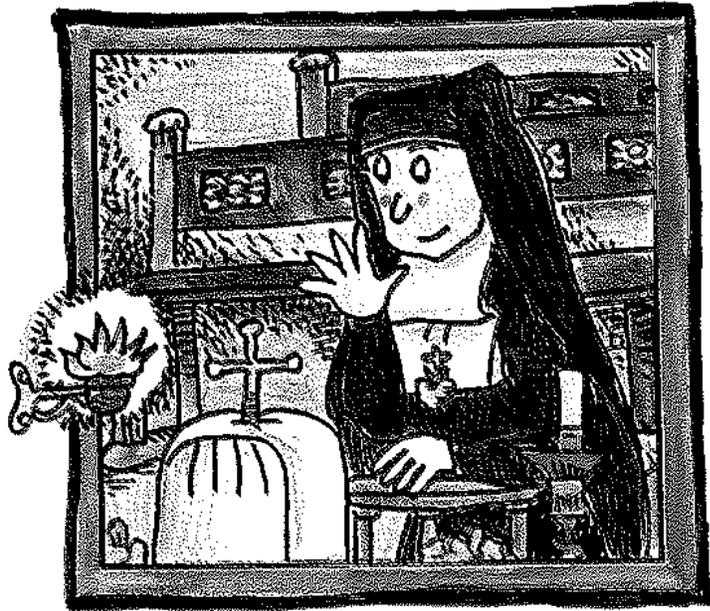


A veces se sentía olvidada y muy sola. Ya penas nadie se acordaba de ella, que había sido la fundadora del Instituto. Pero ella lo aceptaba y le ofrecía a Dios esa soledad, con tal de que el Instituto siguiera adelante. Seguía sacando toda la fuerza de sus ratos de oración delante de Jesús. Y se alegraba muchísimo cada vez que se enteraba de que se abrían nuevas casas en distintos países: Inglaterra, Argentina, Perú, Bolivia, Chile, Estados Unidos, Cuba. Tenía un corazón universal. A su hermana, que también sufrió como ella le decía: "Hagámonos santas. Haciendo eso, nadie hace más por el Instituto que nosotras"...



En 1916 murió su hermana, Pilar. Rafaela vivió nueve años más. En estos años estuvo muy enferma y sufrió varias operaciones por una infección en una rodilla y después en toda la pierna. Tenía muchos dolores pero no se quejaba. Siempre se mostraba cariñosa y sonriente, preocupándose por todos. Pasaba horas y horas mirando a Jesús. Cuando la enfermera le preguntaba qué le decía a Jesús, ella le contestaba: “Yo miro a Jesús y Él me mira”.

Así fueron terminando sus días. Rafaela María murió el 6 de enero de 1925. Años más tarde, el Papa Pío XII la proclamó Beata, y el 23 de enero de 1977, Pablo VI la proclamó Santa.



CATEQUETICA